

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Pues sí, señoras, sí, señores –como dicen los clásicos– sigue la mata dando, sigue nuestro dilecto autor con su consabida manera de tratar al género femenino. Sigue proporcionándonos ejemplos de las aventuras que corre cotidianamente con bellas mujeres –de todos colores y sabores, como suele decirnos– que, sin duda, a nosotros, pobres y mortales editores, nos quitarían el sueño –no sabemos si es pura fantasía, o en realidad a él le pasa todo lo que nos cuenta, a estas alturas ya no podemos meter las manos al fuego, ni sacarlas tampoco–. Bien, dejemos que corra su pluma y nuestro escritor predilecto nos lleve por los caminos que el desea recorrer:

En el reloj del pueblo sonaban las doce de la noche. Había caído algo de lluvia. Algo, sí, no fue un torrente de agua el que se precipitó sobre el caserío, fueron unas cuantas gotas juguetonas que lo único que provocaron fue que la tierra suelta se convirtiera en algo pegajoso. El calor no se calmó con ello, no, al contrario, a esa hora de la noche el sudor perlaba mi frente. Al no poder conciliar el sueño, me levanté y di unos tres pasos por el cuarto aquél de piso de ladrillo; frente a la cama estaba



una gran ventana, de esas que van de piso a techo, que al abrirla –yo la tenía completamente abierta– nos mostraba un pequeño bosquecillo de encinos y pinos de buen tamaño y de una indudable belleza natural. Me quedé un rato largo observando esos árboles.

La luna no estaba llena en esos momentos, pero su cuarto creciente era lo bastante luminoso como para dejar ver el piso cubierto de hojas y mostrar uno que otro pequeño matorral coronado por flores de color violeta.

Luego pasó rasante un pequeño murciélago que haciendo piruetas desapareció en lo profundo de la noche. Se escuchaban con claridad los muchos grillos cuyos cantos llamando a la novia llenaban mis oídos, y luego el sonar intermitente del arroyo que cruzaba ese bosque, me producía un ligero sopor. Así permanecí un tiempo que no pude medir. Mis ojos los tenía a medio abrir. Los abrí completamente porque allá en el fondo frondoso, una sombra se desplazaba lentamente, caminaba unos pasos y se detenía, luego desaparecía entre aquellos troncos añosos y volvía a aparecer. Puse más atención para detectar mejor y saber qué o quien se desplazaba por esos lares. Calculando la distancia, la sombra estaría a unos treinta metros de mi ventana. Luego se quedó quieta, como recargada en un pino. Salí. Caminé hacia el lugar en donde se detuvo aquella sombra. Avance unos metros, y me dije que sí, que, según mis cálculos yo debía estar ya cerca de la sombra. No tenía miedo. Bueno. Debo confesar, y no es por una valentía mal entendida, ni mucho menos, pero en realidad a mí las sombras y los fantasmas no me producen ningún miedo ni nada que se les parezca.

Ya me había acostumbrado bien a aquella oscuridad relativa pues la luna me ayudaba con su brillante cauda. Escuché un suspiro, juro que quien lo emitía estaba atrás de mí, a no más de veinte centímetros. Volví el rostro, calmadamente, listo, en todo caso, a afrontar cualquier desagradable sorpresa. Pero no. ¡Oh Maravilla!, cuento que estaba allí, ella, sí dioses, ella, ella plena y pura, era

la mujer que vivía en la casa situada al final de aquel bosque. Debo aclarar que yo la conocía pues en una de mis correrías nocturnas y al toparme con aquella casa, esa mujer de pelo largo, de ojos verdes, de buen cuerpo, de magníficos pechos y de brazos inquietantes, permanecía en la puerta. Me sonrió. Le correspondí con largueza. Se escuchó una voz de hombre que la llamaba desde adentro: –“Cecilia, ¡entra ya!”.

Esos segundos en que nuestras miradas se tocaron, que se cruzaron, bastaron para decirnos muchas cosas. A ella le entendí que necesitaba que alguien la abrazara, que le hicieran miles de caricias recostada en el pasto, junto al arroyo, de cara a la luna pizpireta.

La busqué los siguientes días, pasaba cerca de su casa, pero no me atrevía a entrar. El que le había gritado aquella noche era su marido. Y tenía, como se dice, un genio de los mil demonios, además siempre salía de caza con un rifle al hombro. Yo no sabía si retornaría a cualquier hora, y como no tenía yo ganas de ser blanco perfecto de aquella arma letal, preferí pasar a prudente distancia. Lo que sí puedo afirmar es que la mujer, cuando sentía mi presencia, se asomaba por la ventana cubierta con una delgada cortina transparente. Dejaba ver su cuerpo. Me hacía sentir su presencia y con su silencio me decía que me estaba observando. También alcancé a ver como un suspiro profundo la sacudía. Luego se retiraba. Yo también huía del lugar. Al poco rato el marido aparecía entre los árboles y entraba dando un fuerte portazo. No sé si lo hacía así porque se daba cuenta de mi presencia, pero la puerta era la que recibía el castigo. Luego se escuchaba una discusión interminable y aquello siempre terminaba con el ruido de algún objeto que golpeaba sobre el piso. Esta escena se repitió varios días.

De manera pues, que ya “Cecilia” y yo eramos viejos conocidos, ya habíamos platicado en silencio, ella me contó sus penas, yo le dije que mi soledad me producía deseos ignotos de tener entre mis brazos a una mujer como ella. Ella, tras su ventana, y con su suspiro

me lanzaba gritos de auxilio y me decía que ella era como pájaro que volaba y volaba y no sabía, no tenía dónde posarse. Que ella era como la lechuza que ve y que siente en la oscuridad pero desea mejor que la acarien con dulzura. Sí, ella y yo ya nos conocíamos más que bien.

Allí estaba. Era ella. Su mirada me traspasó. Mi mirada también hizo lo mismo. El fino camión cayó al suelo. La recosté junto al arroyo. Algo me iba a decir pero callé su boca poniendo mis labios sobre los suyos. Aquello fue una descarga eléctrica, fue un torrente, una cascada de emoción que se había contenido las tres semanas en que por primera vez nos vimos. Sentí cómo sus brazos me apretaban con tal furia que un dolor rico y sabroso me llegó hasta el alma. Luego sus piernas viajaron con las mías. Se trenzaron en una batalla mortal sin límite de tiempo. Sus dedos y mis manos se trabaron también en combate, el vivac de nuestros cuerpos no tuvo reposo. Las aguas del arroyo, ante aquél zafarrancho, detuvieron su marcha y se pusieron a contemplar el resultado de aquella tromba. Árboles y matorrales, flores y búhos, cigarras y mariposas, insectos y hojas, ramas y tallos, arbustos y follajes se quedaron pasmados durante todo el tiempo que duró el aquelarre. Los suspiros y los resoplidos de Cecilia suplieron los cantos de los gallos. El chasquido de mis besos y el sonido de mis manos al tocar mil veces su rica piel, suplieron los cánticos de las nubes.

Al poco tiempo las gotas de agua del rocío llenaron nuestros cuerpos. Cecilia tomó su vestido. Se despidió con largo y amoroso beso nocturno, furtivo, sediento y tembloroso. Me incorporé para verla partir. Era bella, era una mujer entera y me amaba y yo la amaba. –“mañana paso a la misma hora”– me dijo con una coquetería enorme y una sonrisa que dejaba ver sus dientes lúdicos. Asentí con un ligero movimiento de cabeza. Yo estaba agotado, exhausto, vacío. Pero feliz, juro que jamás había sentido tanta felicidad. No sé si era por el peligro



Felipe Posadas

que sentíamos al estar allí juntos y que el marido pudiera llegar y sorprendernos y...sí, matarnos...acribillarnos...hacernos pedazos ¿por qué no? podría hacerlo. Uno se pierde cuando es atacado por los malditos celos. Ese temor hizo que aquella noche, junto al arroyo, al pie de los encinos hiciéramos el amor como nunca se había hecho. De veras. Fue algo que me dejó una huella imborrable. Jamás lo olvidaré. Jamás.

Nunca más la volví a ver. Acudí la siguiente noche, como habíamos acordado. Abrí mi ventana. Eran las doce en punto. Era la hora convenida. Salí dispuesto a pasar con ella otra noche de giros mortales. Esperé un largo rato. Nada. No aparecía. Ella no estaba allí. Me hacía falta. Sólo una noche la había tenido y me hacía una enorme falta. Necesitaba su cuerpo, su alma, sus brazos, su boca, su espíritu, su aliento. La luna desapareció por entre las copas de los árboles. Salí para recorrer el bosque. Nada. Me enfilé hacia su casa. Esta per-

manecía completamente oscura. Me atreví a acercarme. Lo hice. La puerta estaba abierta. Me arme de un valor que no tenía y toqué. Sí, toqué tres veces tres. No hubo respuesta. Entré. Nada. Nadie. No había ni un mueble siquiera. La casa estaba abandonada –por su aspecto de herrumbre y telarañas– desde muchos años atrás. No podía creer lo que veía. No podía aceptar que nada hubiera en esa casa. No, no era cierto, me decía. Pero era cierto. Salí. Desde su puerta lancé su nombre al espacio, lancé un “Cecilia” que desgarró mi garganta. Ese “Cecilia” inundó los cerros cercanos y el eco repitió su nombre al infinito. Tomé mis cosas personales, las metí

a mi maleta. Y salí del caserío. Ya he olvidado el nombre de aquel lugar. Ya no sé dónde se ubica. Lo que no he olvidado es esa noche turbulenta con “Cecilia”. Adiós, señora, adiós. Espero encontrarte. Necesito preguntarte muchas cosas. Necesito que me digas que aquello que vivimos fue cierto, tan cierto como que guardo todavía la pequeña cicatriz que me dejaste con aquellos dientes juguetones en mi hombro izquierdo. Sí, todas las noches de luna salgo y espero ver tu sombra otra vez. Quizá no tenga que esperar mucho tiempo. Tal vez algún día no muy lejano te vuelva a ver. Tal vez.

cbracho@prodigy.net.mx

